

LAS TRADUCCIONES DEL MARTÍN FIERRO

por Alberto Gómez Fariás

Muchas veces la profundidad de un pueblo recién es valorada cuando el mundo externo a sus fronteras descubre la grandeza de contenido de la obra de uno de sus pensadores. Más aún, cuando ellos no se conformaron en aceptar con resignación la realidad de un tratamiento segregacionista que afecta los más elementales principios de solidaridad humana.

Al recordar a ese grande argentino que fue José Hernández no se puede dejar de mencionar a *Martín Fierro*, obra cíclope que hoy goza del infrecuente privilegio de poder ser leída potencialmente por algo más del 90% de la población mundial, teniendo en cuenta la cantidad de hablantes que se comunican por cada una de las lenguas a que se encuentra traducido.

Indudablemente, su personaje vertebral se ha convertido, para los investigadores inquietos de nuestra lengua, en la síntesis argentina de lo literario. Esta identificación proviene substancialmente de la profundidad del tema estructural del poema que aprehende, muchas veces haciendo abstracción de la relevancia de su limpieza estilística, del anecdótico que transmite y de tantos otros méritos que quedan relegados ante el vigor, ante la pujanza del planteo que transita en todo momento por un terreno de auténtica expresión humana.

Por tal razón, la seriedad que merece su traducción a distintas lenguas nos lleva a referirlas más correctamente como una adaptación, debido a la insalvable dificultad de trasmitirla literalmente de su original, a pesar de las grandes aproximaciones logradas incluso en su versificación, en muchos casos revisada. Quienes conocen el poema en su concepción original, han de admitir la ineficacia de ajustar en algunas ocasiones su traducción a la letra madre, ya que no despertaría otro interés que el filológico, desfigurando totalmente a oídos de otras lenguas el valor del gran trabajo de Hernández, substrayéndolo de tal modo de la interpretación y aceptación del lector.

El bucear en las profundidades que ofrece la lectura de *Martín Fierro* constituye una tarea que no se agota en el placer que implica la renovación constante de descubrimientos, sino que despierta, proyecta y estimula la paciencia entusiasta que caracteriza la labor del investigador.

Lo realizado hasta hoy en esta disciplina es tan amplio como las virtudes y atractivos de la obra de Hernández. Pero su campo es de tal variedad y riqueza, que queda siempre un camino interesante para transitar en la búsqueda de sus motivaciones o en la evolución de sus efectos.

Martín Fierro no sólo se introdujo con vigor en el sentimiento del gaucho argentino, de quien vino y a quien volvió, en la sensibilidad de quienes esperan y confían en la justicia sin renunciar a la libertad; en luchadores por los derechos individuales que por vocación aman la paz, por la razón y la verdad; en los literatos que admiran la fuerza de un esquema poético de textura personal; en los historiadores que sitúan al protagonista y su medio en el terreno original; sino que en su figura y mensaje trascendió las fronteras propias, en todas direcciones penetrando en culturas, idiomas y continentes, que lo recibieron con el reconocimiento y comprensión de su trascendente significado humanista.

Es el sendero que uno a uno comenzaron a apisonar los traductores a distintas lenguas, para entregar hoy a la realidad un amplio abanico que partiendo de nuestra geografía nacional, se extiende hacia todas las concentraciones comunitarias que habitan la tierra en una sólida vía de comunicación.

Pero una traducción debe seguir siendo una traslación, es decir, debe generar en la conciencia del lector una impresión equivalente, básicamente conceptual y total a la que produce la obra original en los lectores del idioma nativo en que fue escrita. Hemos tratado de reproducir el canto de Martín Fierro, como él lo hubiera deseado si pudiera emplear los idiomas extranjeros con la misma destreza, sabor y vigor que en su lengua propia. No obstante, no cabe duda que Hernández lo hubiera logrado en las lenguas que conocía, y no eran pocas, si su vida no hubiese sido tan corta.

La experiencia compartida por los traductores del Martín Fierro, de tan variados orígenes y diferentes caminos transitados por la vida, nos brinda el particular encanto de descubrir la verdadera importancia de vivir, y por tal camino el auténtico sentido de una frontera solidaria. La distinta instrucción, educación y formación recibida de acuerdo con la modalidad de los hogares, de la comunidad o de los vaivenes de espíritus que regulan por sobre la voluntad las condiciones de proyección, nos hace reconocer que superando los intrincados laberintos de las desigualdades socio-culturales-económicas, emerge el profundo entendimiento del lenguaje universal que nos iguala ante los principios de justicia y libertad.

Éste es quizás el más notable de los resultados logrados por José Hernández en la clara significación de su mensaje, desde que el hombre es la medida del hombre en toda unidad comparativa de dimensión.

Los traductores tuvieron su aproximación recíproca en oportunidad de reunirse entre ellos, ocasión que permitió a aquellos intercambiar reflexiones sobre el trabajo que tomaron con vocación. Esta suerte de circunstancia fue germinando la idea de constituir su propia institución, ya que la similitud o afinidad con las manifestaciones inicialmente compartidas con otros sectores, no totalizaban sus inquietudes que entre otras eran satisfechas en el anecdotario de situaciones difíciles en la comprensión de algún modismo; el feliz encuentro de una acepción exacta a una expresión del otro idioma; la confusión de un término transformado por la travesura criolla en un significado chispeante; la responsabilidad de ser fiel a la pureza conceptual; y tantas menciones alegres o desanimadoras que jalonaron a veces una extenuante pesquisa en la compenetración del texto.

Partiendo de estas experiencias, los traductores se sumaron a la legión de argentinos y extranjeros que cultivan nuestra tradición, no como fin en sí misma, sino

como fundamento de la fuerza con que debe elaborarse el futuro. La cultura, como el ser humano y la naturaleza misma, no es estática; es decididamente dinámica.

Quedarnos en la tradición sin incorporar el avance de la ciencia, la técnica y el nuevo sentido del ritmo del hombre, sería condenar los sueños de nuestros ancestros al fracaso. Pero de todos modos, nada será permanente si lo aislamos de nuestras raíces. Un pueblo que no sabe de dónde viene, mal puede saber hacia dónde va.

Un pueblo que no olvida su pasado, vivirá eternamente en el cumplimiento responsable de sus destinos.

El poderío de las naciones más desarrolladas del planeta va lamentablemente hermanando a las debilidades que recién, como consecuencia de sus excesos, lo llevan a reorientar su propia brújula fijándose el norte, que en definitiva determina el camino de la razonabilidad, como artífice del destino común. En ello, los valores irremplazables de la tradición deben constituir indudablemente el cimiento sobre el que se edifique la nueva estructura que proyectará a los pueblos en la conquista de su lugar en el mundo, transitando el camino de la evolución, que será revolución en paz, en la medida justa e inteligente en que se lo implemente, siempre en el respeto mutuo y en la ley, lo que constituye el único reaseguro de la paz.

Esta tarea contiene un puente formidable en cuanto se constituye en espejo que refleja actitudes de profundo significado, apenas disimuladas por la simpleza o vaguedad en que se expresan razonamientos, trascendencias o intencionalidades de profundo contenido espiritual, aunque transmitidas en una humildad rayana en una feliz ignorancia. Al hombre de campo argentino le faltaron en su tiempo una legión de maestros rurales cuya misión no era tanto despertar interés por la ciencia, sino más bien, proyectar a nivel nacional la inteligencia innata que la tierra le había provisto por medio de las enseñanzas de los ciclos en que la naturaleza fertiliza a todo lo de su reino, el proceso reproductivo según cada especie; la siembra conforme a cada estación y la fe en el esfuerzo personal, irradiando la emulación comunitaria.

Todo esto es principio de cultura que el hombre debe registrar, si es que el hombre debe reinar por sobre las otras manifestaciones de la creación. De allí aprendió a determinar los tiempos, y de allí aprendió a prepararse para el invierno, tomando como ejemplo el afán de protección de las otras criaturas que comparten la naturaleza.

Martín Fierro apunta decididamente a la reivindicación del gaucho, pero no se agota en absoluto en la pieza poética que permite reencontrar su propia historia a cada parroquiano pampeano que la lee, ni en el marco político que coloca la realidad social que caracteriza una época que no se limitó a su momento. Va mucho más allá, en su canto sereno y elevado en busca de esa justicia, de esa libertad y de esa paz que dan colorido a tantos discursos, que sin embargo no participan de su verdad.

Se podrá reparar que otros poetas anteceden y de alguna manera preparan el instrumento retórico de Hernández. Sin embargo, de aceptarlo también puede sostenerse con firme determinación la verdad que sin José Hernández la poesía gaucha no existiría, al menos en la medida de su reconocimiento individual. Lejos de menoscabar otros prestigios, podemos aseverar que Hernández enfrenta la culminación del género; y en la historia del arte basta un nombre para que una modalidad tenga guía y referencia. Lo prueba su traducción a casi todos los idio-

mas importantes del mundo. Esta enorme trascendencia no es merecida solamente por el género, ni por los episodios que compromete, sino también por la nobleza de su escritura.

De ello podrá apreciarse la meticulosidad de la tarea que debe cumplir el traductor, en su mayoría extranjeros no habituados a las expresiones gauchescas usadas en aquellos tiempos. Ni que hablar de los tropiezos sufridos en la labor de investigación de campo y de las numerosas anécdotas surgidas en su consecuencia, que constituyen tema de una exposición especial. Pero lo importante es determinar que todos los trabajos han sido hechos con profundo amor y espíritu de sacrificio, en una sincera manifestación de solidaridad con esta tierra de bendición.

Al momento, Martín Fierro ha sido llevado a las siguientes lenguas, respondiendo al trabajo responsable producido por sus traductores, durante el año que se registra. Se justifica una detención en este punto, por cuanto es justo valorar el esfuerzo ciclópeo de muchos catedráticos, así como de inmigrantes seducidos por sus sentencias, aportando en conjunto, una interpretación clarificadora que implica, a la par, el reconocimiento por la fraternidad con que la Argentina abrió sus puertas a un mundo desesperanzado luego de la tragedia bíblica.

Listado de traductores

Lengua	Traductor	Año
Italiano	Testena, Folco	1919
Inglés	Owen, Walter	1935
Catalán	Marti y Muntaner, Enriq	1936
Húngaro	Szabo, Ladislao y Andro, Ver	1944
Alemán	Borstendörfer, Adolf	1945
Alemán	Schultheiss, Tell	1945
Braille	Patronato Nacional de Ciegos	1946
Rumano	Azriel, Abraham	1947
Idish	Glasserman, Samuel	1948
Inglés (EE.UU.)	Holmes, Alfred Henry	1948
Guaraní	Saguier, Eduardo	1951
Checo	Svoboda, Karlo	1953
Francés	Verdevoye, Paul	1955
Árabe	Nader, Yauad	1955
Braille	Osinalde, Antonia	1956
Lituano	Vilutis, Antanas	1956
Sueco	Lindberg, Carlo Carlsson	1958
Japonés	Okimura, Teikichi	1958
Italiano	Tedesco, Mario	1959
Alemán	Tepp, Max	1960
Italiano	Curcio, A	1963
Armenio	Kalaidjian, Sissag	1964
Hebreo	Haber, Heribert	1964
Ruso	Donskoy, Mihail	1965
Esperanto	Sonnenfeld, Ernesto	1965

Las traducciones del Martín Fierro

Inglés	Ward, C.E.	1967
Braille	Ruso Casartelli, Alcira	1967
	Esloveno Debeljak, Tine	1970
Braille	Braille Editorial Nacional	1971
Griego	Primbas, Jorgè	1972
Rumano	Covaci, Aurel	1972
Portugués	Nogueira, Leiria, João O.	1972
Italiano	Crocitto, Jorge y Francisco	1972
Vasco	Jakakortejarena, Domingo	1972
Inglés (EE.UU.)	Garrino, P.G. y A.J. Carlos	1974
Serbio	Nikacevic, Svetolik	1975
Piamontés	Tosco, Francisco	1975
Croata	Tutavac, Pedro	1976
Italiano	Meo Zilio, Giovanni	1977
Húngaro	Janos, Benyhe	1977
Gallego	Şouto, Bernarldo	1980
Idish	Kliger, Kehos	1980
Portugués	Jobim, Leopoldo	1980
Chino	Gómez Farías, Alberto y Chao, ya - po	1981
Japonés	Obayashi, Fumihikō y Tamai, Reichiro	1981
Eslovaco	Jancarik, Estanislao	1982
Polaco	Mackiewicz, Henrik	1983
Hindi	Verma, Premlata	1984
Chino	Zhao, Zhenjiang	1984
Coreano	Chang - Kim	1984
Ruso	Kikodze, Gregori	1985
Ucranio	Kotulskij, Vladimiro	1985
Calabrés	Savallese Greco, Serafin	1986
Ucranio	Vorobey, Pedro	1986
Italiano	Delia, Antonio	1986
Quechua	Palavecino, Sixto	1990
Afrikans	Pienaar, Christine	1994
Batioto	Nicotrisi Corso, Alonso	1994
Búlgaro	Mitchev, Serguey	1994
Creole (Haitiano)	Marc Arthur, Joseph	1994
Croata	Müller, Jasna	1994
Filipino (Tagalo)	Divino, Thelma y Algier	1994
Indonesio	Taman, Abdullatiedf	1994
Iraní	Jalvaei, Alireza	1994
Latín	Chávez, Fermín	1994
Swahili	Taraborelli, Marcèla	1994
Tailandés	Duriyaphan, Duangchai	1994
Turco	Yaycioglu, Mukandder	1994
Sardo	Logudorese Vargiu, Antonio	1994
Yoruba	Alegbe, Obadiah	1994
Ladino	Bruria Elnecave, Clara	1995

Ladino	Salem, T. Clara,	1995
Mapuche	Díaz Fernández, Antonio	1995
Alemán	Pluhar, Peter	1996
Guaraní	Dacunda Díaz, Ricardo	1996
Albanés	Ndreu, Kristofor	1998
Islandés	Jonsdottir, Margret - Goumundsson, Boóvar	1999
Finlandés	Heinonen, Ria	2001

No puede dejar de mencionarse que don Sixto Palavecino tiene ya concluida su nueva traducción al quechua, enriquecida con aportes que le permiten ser mejor comprendida por los casi diez millones de hablantes distribuidos en el noroeste argentino, norte de Chile, Bolivia, Perú, Ecuador y sur de Colombia. Por otra parte aquí, en Buenos Aires, Jorge Bernal y Gabriel Conti se encuentran abocados a concluir con la traducción al romanés, lengua muy antigua tradicional de los gitanos, cuya comunidad, procedente de la India, recorre incansablemente todos los continentes.

Con la gran mayoría de los traductores hemos mantenido una cordial relación y más aún una cálida amistad. Muchos de ellos ya han fallecido, manteniéndose un afectivo contacto con sus cónyuges y en casos con sus descendientes.

Pero la inquietud que Martín Fierro ha despertado no se agota en las traducciones mencionadas. Se está trabajando en su asiento geográfico, en nuevas lenguas, a saber:

- En China: tibetano, zhuang, uigur, yi, mongol, kazak.
- En la India: sánscrito, bengalí, marathi, tamil, urdu, punjabi.
- En Europa: neerlandés, noruego, danés.
- En la Argentina: tehuelche, chiriguano, mataco, chaguanaco y la lengua shelknam, usada por los onas en Tierra del Fuego y la isla Navarino de Chile.
- En Sudáfrica: xhosa, zulú, venda, tswana.

Los valores irremplazables que contiene la experiencia de la tradición deben constituir, indudablemente, el cimiento sobre el que edifiquemos la nueva estructura que nos proyectará en la conquista de nuestro lugar en el mundo, transitando el camino de la evolución en la medida justa e inteligente en que lo implementemos, siempre en el respeto mutuo y en la ley, todo lo que constituye el único reaseguro de la paz.

José Hernández es sin duda uno de los grandes de la literatura internacional, no simplemente por la cantidad de lenguas a que fue llevada su obra, sino por el valor que contiene para todo hombre, el sentir que ha sido comprendido y rescatada la dignidad de su participación local y universal. Se eleva por su intermedio la voz de una prédica insoslayable que lo substraerá de la condición de mero complemento de proyectos políticos, para convertir al hombre en único privilegiado en las prioridades asignadas por las instituciones creadas e integradas por el propio hombre. Esto implica la ausencia de participación alguna, que condicione el reconocimiento de la igualdad ante la ley.

Es, en definitiva, el molde en que aspiramos forjar una nación justa, libre y soberana.